

estamos aquí, pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene, y que quiere ser cristiana, aunque aventure la vida, ¿dejaría de ir á la batalla?» Respondieron todos, que mil vidas que cada uno tuviera las emplearía en un caso tan honroso.»

Muy alegre con la respuesta metió la mano en el pecho don Juan Chacon, y sacó la carta diciendo: «por esa veis cómo me hace cargo la reina de la satisfacción de su honor, y me pesa de que en particular me señale, habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros si los hallo, y si no, iré solo á tener batalla con los cuatro moros, que yo confío en Dios y en la inocencia de la reina, que alcanzaré victoria; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla, yo la tendré por dichosa muerte.» Habiendo leído la carta de la Sultana los tres caballeros, y viendo cómo decia en ella que quería ser cristiana, y de la deliberada determinación del señor de Cartagena, dijeron que ellos le acompañarían en aquella ocasión; y así ordenaron de partirse sin licencia del rey, y sin dar cuenta á nadie. El andaluz, astuto guerrero, alcaide de los Donceles, dijo que sería bien que fuesen en traje turquesco, porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas, especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer; y así aderezaron ricas libreas á lo turco, y previniéndose de armas y caballos, y de todo lo necesario para su viaje, partieron de Talavera sin escuderos por ir mas encubiertos; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería.

En todo el camino no entraron en poblado: en campaña dormían, y en las ventas compraban su menester; y así llegaron á la Vega dos días antes que se cumpliera el plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron todo un día, y estuvieron la noche á orillas del fresco Jenil; y la mayor parte della trataron del orden que habian de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándose su muy hermosa vista y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecia un paraíso terrenal. Y no se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles, ni de albahaca regalada ni cultivada en casa de los señores, como los moros tenían cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy día aparecen muchas ruinas, y así les producía la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad, porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mujeres.

Yendo pues los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega, dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy apriesa á un caballero moro, que parecia ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decia: *segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecia tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo lenguaje. El moro detuvo su priesa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo así: «aunque la priesa que llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilación, el deseo de saber, si gustais de decir quién sois, me obliga á detener las riendas, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver se-

mejantes galas sino es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Libico á tratar algo con el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercebimiento de armas que parece teneis debajo de las marlotas, ni caballos tan lijeros de guerra; y si gustais de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueis quién sois, por lo que debeis á la ley de caballeros.»

Don Juan Chacon le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y así dijo: «no entiendo esa lengua, hablad en arábigo, pues sabeis.» Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabía: «nosotros somos de Constantinopla, de nación jenízaros, y tenemos sueldo del Gran Señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnición en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intencion de probar las vuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibis notables daños cada día dellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y así vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada, y besaremos las manos al rey, y luego nos volveremos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la vuelta de Mostagán; ésta es la verdad de lo que habeis preguntado. Y pues ya habeis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quién sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestasteis tener de saberlo de nosotros.—A mí me place, dijo el moro, de daros cuenta de lo que me pedis; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseais saber.»

«Vamos, dijo don Alonso de Aguilar; y diciendo esto caminaron muy apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «sabeis, señores caballeros, que á mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada, y vengo de Sanlúcar porque allí está la prenda mas querida y mas amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linaje de los nobles caballeros Abencerrajes. Ausentóse de Granada respecto á que el rey della mandó que saliesen desterrados los Abencerrajes, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros dellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fué la causa que movió á mi señora á salir de Granada, y se fué á Sanlúcar en casa de un tío suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivía contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlúcar cómo los Abencerrajes se habian tornado cristianos, y servían al rey don Fernando, y que en Granada había grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linaje, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de defender á la reina, siendo hoy el postrero día del plazo; y por tanto demos priesa, porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.—Por cierto, señor caballero, dijo don Manuel Ponce, que nos habeis admirado, y á fe de caballero, que me holgaria que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su Alteza hicieramos todo lo posible hasta perder las vidas.—Pluguiese al santo Alá que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitucion de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles para que os señalen, aunque he oido que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.—Cuando eso sea, dijo don Manuel Ponce, no somos moros sino turcos, de nacion jenízaros, hijos de cristianos.—No decís mal, respondió Gazul, que por esta vía sería

posible que la reina os escogiese para su defensa.—Dejando esto aparte, dijo don Juan Chacon, señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este reino?» Respondió Gazul: «los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos desta comarca, son don Manuel Ponce de Leon, y á don Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á don Juan Chacon, y al gran maestro. Estos caballeros son asombro desta tierra, y sin aquestos hay otros muchos caballeros en la corte del rey don Fernando, que nos destruyen por momentos.—Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo don Alonso de Aguilar.—Pues á ley de moro hijo-dalgo, respondió Gazul, que habeis de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os pongan espanto.—Mucho nos alegraremos de oírlas, por tener que contar en nuestra tierra,» dijo don Manuel, y caminaron apriesa. Dejáramos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazón.

CAPITULO XV.

En que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fué libre, y de otras cosas mas.

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se habia cumplido el término á la reina Sultana; y sentian mas la pena, porque no habia señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y así muchos caballeros fueron á suplicar al rey, que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia en que, en los términos que se le habian dado, no habia señalado caballeros que volviesen por ella, y que no diese crédito á los Zegries; pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertinaz, inducido de los falsos acusadores Zegries para que su mentira fuese adelante; y así daba por respuesta, que de no dar defensores aquel día, que al siguiente se ejecutaria la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarambla un teatro, donde estuviere la reina y los jueces que habian de determinar su causa: los cuales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradí; y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenían presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudieran. El tablado fué todo enlutado, y los jueces subieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros para venir acompañando á la reina.

Los Almoradí, Almohades, Aldoradíes, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querian quitar á la reina, y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal, porque aunque salvaran la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificación; porque, diria el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habian de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fué muy eficaz esta razon para que desistiesen de su propósito, confiando en que la bondad y sencillez de la reina la habian de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahazén, diciendo que no habian de llevar á la reina para ponerla en acusacion. Muza y los demás caballeros le dijeron, que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella vía quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaria probada la causa, y los Zegries con su intencion. El rey preguntó si tenia la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haria la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y así Muza y los dos jueces entraron, que-

dando todos los demás fuera del Alhambra; y llegando Muza adonde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabia que no tenia mas de aquel día de plazo; pero confiada en don Juan Chacon, estaba sin ninguna congoja, y también porque, si no venia don Juan Chacon y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaria mucho gozo, porque empezaria á vivir para siempre, y con esto estaba la mas alegre y contenta que se podia imaginar.

Mas así como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venian, luego presumió á qué era su venida, con la cual sintió alguna turbacion y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, así como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: «grande ha sido el descuido que vuestra Alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo hoy el último día que teneis de plazo: ¿qué determinais?—No tengais pena, dijo la reina, que yo confío en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intencion los falsos acusadores, y que tengo de triunfar dellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mi sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta desta vida mortal para gozar de la eterna.» Muza no entendió el secreto de las palabras, y así dijo: «yo he querido que siga aqueste juicio de vuestra Alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca esperiencia, aunque debeis mucho á todos; porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia, y porque se acrisole y apure mas el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Así, señora, sabed que venimos por vuestra Alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa, y todos siervos vuestros, y haremos lo que debemos. Podreis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasión tan honrosa. Vuestra Alteza venga á la plaza y Celima también, porque haya buen suceso.—Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien goce del contento, como confío en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria;» y diciendo esto se entraron todas en el retrete y se vistieron de negro; y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: «mucho contento recibiré en que, si mi desdicha fuere tanta que mis valedores sean vencidos, todo lo que hay mio en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido.»

No pudo sufrir la reina las lágrimas, diciendo estas palabras; y lloraba con tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano salieron fuera del Alhambra adonde estaba una litera, y entraron dentro della la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para ir la acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradíes, Venegas, Almohades, Marines y otros muchos linajes, y debajo de las marlotas y albornoces negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel día con los Zegries, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y si no fuera por la honra de la reina, sin duda aquel día se perdiera Granada. Y así, recelosos los Zegries, Gomeles, Mazas y los de su bando, llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifas, por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamás Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqueste día; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles, salían á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando

amargamente á la desventurada reina; de suerte que á sus llantos y gritos se movió toda la ciudad á compasión, y maldecían al rey y á los Zegries á grandes voces. Desta manera entró la litera en la calle del Zacatin, donde mas se aumentaron los sollozos, suspiros y vocería.

Llegada la caballería y la reina á la plaza, fué puesta la litera junto al tablado. Muza y los otros dos jueces sacaron á la desconsolada reina Sultana, á Celima y á Esperanza de Hita, y las subieron al enlutado tablado por unas ventanas de una casa, y en el tablado habia un estrado de paños negros y bastos. Allí se sentó la reina muy afligida y llorosa, por ver que en pública plaza habia de ser juzgada, y junto á ella sentó á Celima, y á sus piés á Esperanza de Hita; allí fueron los llantos, allí fueron los gritos de hombres, niños, damas y doncellas, que no pudieran ser mayores los de Roma y de Troya cuando se veían quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la plaza habia grandísima multitud, y todos no cesaban de llorar y de hacer gran sentimiento viendo las lágrimas que derramaba la reina, su doncella y su esclava. A un lado del tablado, en otro estrado, se sentaron los jueces para juzgar la causa, y de allí á poco espacio se oyeron veinte trompetas de guerra, y mirando lo que era, vieron venir á los cuatro acusadores de la reina que venían armados y puestos á punto de batalla, y en muy poderosos caballos. Traían sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plumas del mismo color. Traían en las adargas unos sangrientos alfanjes con una letra en torno, que decia: *por la verdad se derrama*.

De aquesta forma llegaron los cuatro mantenedores de la maldad, acompañados de los Zegries, Gomeles y Mazas, y de todos los demás de la parcialidad, hasta llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al tablado. Era tan grande como una carrera de caballo, y muy ancho; y abierta una puerta del palenque entraron los cuatro caballeros acusadores, que eran Mahomad Zegri, el caudillo de la traicion, Hamete Zegri, Mahandon Gomele y Mahandin. Así como entraron, tocaron de su parte muchos instrumentos. Todos los deste bando se pusieron al lado izquierdo del tablado, porque al derecho estaban los caballeros deudos de la reina. Estaban todos aguardando á ver quién habia de nombrar la afligida reina; y visto que desde las ocho de la mañana estaban allí, y que eran ya las dos de la tarde y no habia señalado defensores, ni parecia ninguno, estaban todos con grande pena, y no sabian cuál era el pensamiento de la reina, pues tan descuidada estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida; y no menos pena tenia la reina viendo que era tan tarde y no habia venido don Juan Chacon, en quien, después de Dios, tenia esperanza de su libertad, y no entendia qué causa le hacia faltar á la palabra dada. Malique Alabéz y un Aldoradin, y otros dos caballeros se llegaron al tablado, y dijeron en alta voz: «si gusta la reina de que la sirvamos en esta ocasion, dé licencia que la defendamos, y lo pondremos por obra.» A lo cual respondió la reina, que ella lo agradecia, y que queria esperar otras dos horas; y que si no viniesen ciertos caballeros que tenia prevenidos, que ella aceptaba la oferta; y así se retiraron á sus puestos.

Pero no pasó media hora cuando se oyó un gran ruido y alboroto, al cual mirando toda la gente vieron entrar por la plaza cinco caballeros muy galanes, los cuatro vestidos á lo turquesco y el otro á lo moro, el cual fué conocido de todos que era Gazul; á los demás tuvieron por extranjeros, y así concurría toda la gente á ver los forasteros. Los parientes de la reina y los demás caballeros le daban la bienvenida á Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos si conocia aquellos caballeros que con él venían. Y él respondió que no, sino que en la Vega se habian juntado. Y con aquesto llegaron al cadalso donde

estaba la reina Sultana y los jueces, los cuales deseaban saber la causa de su venida; y llegados miraron á la triste reina, y les quebró el corazon verla en tan miserable estado; y mirando toda la plaza vieron el gran palenque, y dentro dél á los acusadores de la reina; y espantados de la mucha gente que habia, dijo don Juan Chacon en turquesco á los jueces, si podia hablar á la reina dos palabras. Los jueces dijeron que no le entendian, que hablase en arábigo, y él lo dijo en algarabía, y Muza respondió que sí, que subiesen. Don Juan subió al tablado, y haciendo su acatamiento á los jueces se fué á la reina, y hecha la reverencia, habló alto que los jueces lo entendieron, diciendo: «con la procela del Océano, reina y señora, fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramucear con algunos cristianos, y buscándolos en la Vega no encontramos ninguno; y viniendo á ver esta ciudad nos alcanzó en el camino un caballero moro, y nos dió cuenta del desastrado estado de vuestra Alteza, y cómo no teniais caballeros nombrados para vuestra defensa, y que no quereis que vuestra causa defiendan moros, sino cristianos. Yo y mis compañeros somos turcos jenizaros, hijos de cristianos, y doliéndonos de vuestra contraria y adversa fortuna, movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta batalla; y si vuestra Alteza nos quiere admitir, yo os prometo á ley de caballeros, por mí y en nombre de mis compañeros, que haremos en este negocio todo lo que pudiéremos.»

Quando decia esto don Juan Chacon, tenia en la mano la carta de la reina, y al descuido la dejó caer en sus faldas, sin que se reparase en ello por los jueces, y cayó el sobrescrito acia arriba. La reina pidió á Celima que con recato le diese aquel papel: ella le alzó y se lo dió, y luego conoció su letra y advirtió el secreto, y con disimulacion miró á Esperanza de Hita, que estaba divertida mirando á don Juan Chacon; y volviendo la cabeza á mirar á la reina, ambas se entendieron mirándose la una á la otra, y maravillada la reina de su traje y disfraz, respondió á don Juan Chacon: «yo he estado aguardando hasta ahora á cierto caballero que me dió palabra por letra suya de estar hoy aquí con otros tres caballeros; y pues ya es tarde, y vos, noble caballero, quereis tomar este cuidado á vuestro cargo y de vuestros compañeros, yo lo agradezco mucho.» Don Juan replicó y dijo: «yo, señora, me prefero á hacer lo que ese caballero, y no le reconozco ventaja, ni es mejor que yo, ni los tres caballeros que habia de traer no escederán en cosa alguna á los que vienen conmigo: sed cierta desto, señora, y dadnos licencia.—Yo la doy, dijo la reina; y creedme, virtuoso caballero, que no debo cosa ninguna en obra ni en pensamiento de lo que se me imputa, y así pelearéis seguros.» Don Juan dijo á los jueces que advirtiesen lo que la reina decia. Lo cual oido por los jueces mandaron que se escribiese aquel auto y lo firmase la reina: firmó, y haciendo el acatamiento debido á la reina, se bajó del tablado don Juan Chacon, y subiendo en su caballo dijo á sus compañeros: «señores, nuestra es la batalla: empecémosla antes que sea mas tarde.»

Los caballeros de la parte de la reina rogaron á los defensores que hiciesen todos sus poderios, como de tan buenos caballeros se esperaba; lo cual ellos prometieron, y así con toda la caballería los llevaron en medio, paseándolos y dando vuelta por toda la plaza al son de muchas chirimias, añafles y dulzainas. Entraron en el palenque los caballeros cristianos, y recebiéndoles pleito homenaje de que en aquel caso harian el deber, cerraron la puerta. En todo este tiempo no quitaba la vista Malique Alabéz de don Manuel Ponce de Leon, porque le parecia haberle visto, y no se acordaba dónde, y decia entre sí: «válgame Alá, y qué traslado es aquel caballero turco de don Manuel Ponce de Leon; pero no es él, porque es turco, y él es cris-

tiano:» miraba el caballo, y conociale por haberle tenido en su poder. Así andaba confuso, si era ó no, y llegándose á un caballero Almoradí, tío de la reina, le dijo: «si el caballero del caballo negro es el que imagino, cierta está la libertad de la reina.» El caballero Almoradí dijo: «¿Quién es? ¿conocéisle por ventura?—Yo os lo diré después, veamos ahora cómo le va en la batalla.» Diciendo esto, miraron á los caballeros, los cuales descubrian los escudos, que eran muy fuertes y relucientes.

Ahora pues será bien tratar de qué colores eran las ropas turquescas. Eran todas de paño fino, de color celeste, guarnecidas con franjones de oro y plata: los albornoces eran de seda azul. Llevaba cada caballero un turbante de toca de seda, listada de oro y hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete, en la punta, puesta una media luna de oro. Los pendoncillos de las lanzas eran azules, y en ellos las armas de sus escudos, porque don Juan Chacon llevaba en su pendoncillo una flor de lis de oro, y en el escudo, en un cuartel de sus armas, un lobo en campo verde, el cual parecia despedazar un moro. Encima del lobo habia un campo azul, y en él una flor de lis de oro, y una letra que decia: *por su mal se devora*, significando que aquel lobo se comia aquel moro por el testimonio que á la reina habia levantado. Don Manuel Ponce llevaba en su escudo el leon de sus armas en campo blanco, y leon dorado; no quiso aquel dia poner las barras de Aragon. El leon tenia entre las uñas un moro que estaba despedazando, y una letra que decia desta suerte:

*Merece mas dura muerte
Quien va contra la verdad,
Y aun es poca crueldad,
Que un leon le dé la muerte.*

El pendoncillo, que era azul, llevaba un leon de oro. Don Alonso de Aguilar no quiso aquel dia poner ningún cuartel de sus armas, por ser muy conocidas; puso en su escudo un águila dorada en campo rojo, las alas abiertas como que volaba al cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un moro bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salia. Esta divisa del águila puso don Alonso á memoria de su nombre. Llevaba una letra que decia desta suerte:

*La subirá hasta el cielo,
Porque de mayor caída,
Por la maldad conocida
Que contetió sin recelo.*

Asimismo llevaba en el pendon de la lanza este bravo caballero el águila dorada, como en el escudo. El alcaide de los Donceles llevaba por divisa en su escudo, en campo blanco, un estoque, los filos sangrientos, la cruz de la guarnicion era dorada, en la punta del estoque tenia clavada una cabeza de un moro goteando sangre, con una letra en arábigo, que decia desta suerte:

*Por los filos de la espada
Quedará con claridad
El hecho de la verdad,
Y la reina libertada.*

Muy maravillados quedaron todos los caballeros circunstantes, así los de la una parte como los de la otra, en ver la braveza de los cuatro caballeros, y mas en ver las divisas de sus escudos, por las cuales conocieron claramente que aquellos caballeros venían al caso determinadamente y con acuerdo, pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la reina los tenia apercebidos para su defensa; y se admiraban grandemente de que en tan pocos dias vinieran de tan lejas tierras; pero considerando que por la mar pudieran haber venido en aquel tiempo, con esto no curaron mas de inquirir ni saber el cómo y el cuándo, sino ver el fin de la batalla. El valeroso Muza y los otros jueces se admiraron de ver aquellas divisas; y para gozar mejor de verlas pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó á un criado que le tuviese allí una lanza y una adarga por si fuera me-

nester. Los dos jueces se estuvieron con la reina, la cual decia: «Esperanza, dime, ¿conociste á aquel caballero que subió á hablarme?—Si, señora, aquel es don Juan Chacon, que aunque viniera mas disfrazado, no dejara de conocerle.—Ahora digo, dijo la reina, que es cierta mi libertad, y el vengarme de mis enemigos.» Malique Alabéz y el animoso Gazul; y otros muchos caballeros parientes y amigos de la reina, se pusieron al rededor del tablado, y por lo que se ofreciese. A este tiempo el alcaide de los Donceles empezó á picar á su caballo, y lozaneando se fué adonde estaban los caballeros acusadores, y llegando á ellos, les dijo en alta voz: «decid, caballeros, ¿por qué tan sin razon habeis acusado á vuestra reina y señora, y habeis puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegri le respondió: «acusámosla por ver con nuestros ojos cometer el delito de adulterio, y volviendo por la honra de nuestro rey, le manifestamos.» El valeroso alcaide lleno de cólera le respondió: «cualquiera que lo dijere, miente como villano, y no es caballero; y pues estamos en parte donde se ha de saber la verdad, apercebíos al momento todos los traidores á la batalla, que hoy habeis de morir confesando lo contrario de lo que teneis dicho.»

Y diciendo esto, don Diego Fernández de Córdoba terció con presteza su lanza, y con el cuento della le dió al Zegri tan terrible golpe en los pechos, que sintió bien la fuerza de su brazo, y quedó lastimado, y si fuera el golpe con el hierro, no hay duda sino que dél muriera. El Zegri afrentado por ver que estaba desmentido y ofendido con el golpe, revolvió su caballo, y fué á herir al alcaide, el cual como hombre experimentado en la guerra y en escaramuzas, se retiró á un lado, y revolviendo sobre el moro que á él venia, comenzaron una trabada escaramuza. Y visto esto, los trompeteros tocaron los instrumentos haciendo señal de batalla, á la cual se movieron los demás caballeros, los unos contra los otros con gran furia. A don Manuel le cayó en suerte Ali Hamete, á don Alonso Mahandon, y á don Juan Chacon le tocó el fuerte Mahandin.

Reconociendo cada uno su contrario, comenzaron una muy sangrienta batalla, mostrando cada uno su gran valor. Los moros eran muy valientes, pero poco les aprovechaba su valor, porque lidiaban con lo mejor de Castilla; y así andando escaramuceando con admirable braveza, y dándose lanzadas por las partes que podian; don Juan Chacon fué herido en un muslo, de donde le salia abundancia de sangre; el cual como se sintió herido en los primeros encuentros, y que su contrario salió libre sin que llevase otra herida en recompensa, encendido en cólera y saña furibunda aguardó á que volviese á segundarle otro golpe, que entonces le embestiria con toda su furia, y sucedió de la misma manera que lo imaginó, porque el moro muy ufano y gozoso, como sintió que le habia herido, volvió al cebo para tornar á picar en él, diciendo con gran algazara: «ahora sabreis, turcos, si hay moros granadinos que puedan pelear y resistir á todos los caballeros del mundo»; y diciendo esto se venia á don Juan, el cual estaba sobre el aviso; y viéndole venir derecho y con tanta fuerza, apretó las piernas al caballo, y con valor y furia estraña embistió al esforzado moro, y se encontraron los dos caballeros tan fuertemente, que parecia haberse juntado dos montes, segun la braveza y furia con que se acometieron. El caballo de don Juan Chacon era mas fuerte y furioso que el del contrario, y así se paró después de haberle encontrado, y el del moro no se pudo tener, y se cayó de ancas. El moro fué herido muy malamente del bote de la lanza que le dió el valiente don Juan; mas no tan á su salvo, que no quedase con una pequeña herida, y que si entrara mas el hierro tuviera mucho peligro, por ser en el hueco del costado; pero no fué casi nada, porque no encarnó el agudo hierro.

El bravo moro se puso en pié con muy grande presteza, y echando mano á su alfanje se vino derecho á desgarrar el caballo de don Juan para que le derribase, y él tu-

viere lugar de herir á su salvo á don Juan; y aunque pudiera el noble cristiano alancear al moro, por tenerle tanta ventaja de estar á caballo y tener enristrada la lanza, no quiso dar nota de sí, que se pudiera decir que peleaba con tantas ventajas; y así no le esperó á caballo, sino saltó dél con grande lijereza, y desechando la lanza puso mano á su espada, y embrazando el escudo se estuvo afirmado, aguardando á su enemigo, el cual llegó, y entre los dos valerosos guerreros comenzaron de nuevo una batalla tan reñida, que causaba grima ver las centellas que saltaban de los escudos; de la cual refriega sacó el moro dos pequeñas heridas; y apartándose un poco para cobrar aliento, volvió á embestir. Don Juan Chacon como se vió acometer de aquella suerte, confiado en su fuerza y viendo tan cerca al moro, le tiró un golpe de revés que le cortó el adarga y le hirió mortalmente en el hombro; y por muy poco cayera, porque le quitó el sentido: lo cual visto por el valiente don Juan, arremetió á él y le dió un encuentro con el escudo, que desapoderado de sus fuerzas cayó en tierra el moro, y luego le dió una cuchillada que le dividió una pierna de su lugar; y viendo que había alcanzado victoria de su enemigo, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á nuestro Señor Jesucristo; y tomando un trozo de lanza, se afirmó á él, porque le daba gran dolor la herida del muslo; y arimándose á una parte del palenque se puso á mirar la batalla.

Luego tocaron los músicos instrumentos de la reina, en reconocimiento del vencido moro, lo cual puso grande ánimo á los tres cristianos, y cobardía á los moros, y perdieron la esperanza de la victoria con tan mal presagio; y mas cuando vieron dar en una ventana muy grandes gritos y hacer tristes llantos, y quien los daba era la mujer y hermanas de Mahandin, viendo que con angustias mortales se revolcaba en su sangre. Los Zegríes mandaron que se quitasen de allí aquellas mujeres, porque no fuesen sus llantos causa de desmayo en los tres mantenedores del testimonio. Los seis caballeros se combatían con tanta ferocidad, que parecía que en aquel instante empezaba la batalla, haciendo tanto ruido y estrépito que parecía que peleaban cincuenta caballeros. Don Juan Chacon sentía mucho dolor de sus heridas, en particular del muslo, como ya se había enfriado; y subiendo en su caballo se puso á considerar si iría á ayudar á sus compañeros ó á curarse, y no se determinó á ninguna de las dos cosas por ser notado; y así acordó de esperar el fin de la batalla, porque bien sabía que no duraría mucho por dos razones; la una, por la satisfacción que tenía en el valor y fortaleza de sus compañeros; la otra, porque peleaban con justicia y razón, y defendían la verdad; y así de necesidad los había de favorecer la fortuna.

Peleando pues los caballeros con un ánimo admirable, el enojado Mahandon, como vió á su querido hermano Mahandin tendido en el suelo, lleno de sangre y hecho pedazos, con el dolor tan grande que sentía, dijo á don Alonso de Aguilar: «permítid, señor caballero, que vaya á tomar venganza de aquel que ha muerto á mi amado hermano, y luego concluiremos vos y yo nuestra batalla. — No trabajéis en vano, dijo don Alonso; fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen caballero, hizo lo que pudo; y no dudes de verte en el mismo estado que tu hermano está, porque la sangre de los nobles Abencerrajes vertida sin culpa, y la inocencia de la reina están pidiendo justa venganza contra los que quedáis:» y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza en el costado, aunque no fué grande la llaga. Lo cual visto por el moro, revolvió contra don Alonso, y colérico le arrojó la lanza. Don Alonso que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, revolvió su caballo con lijereza; pero no tan á tiempo, que no llegase primero la lanza, y entrándole por la una ijada del caballo, le salió á la otra mas de media vara. El caballo, sintiéndose

mal herido con la lanza atravesada, empezó á dar bufidos, brinco y corcovos, que no era bastante la dureza del freno para que se sujetase y estuviese sosegado; y visto que no aprovechaba su diligencia, y que por su desgracia se le podía seguir algun daño irreparable, determinó de arrojarse en el suelo, aunque se ponía en mucho peligro, por estar su competidor á caballo; y confiando en Dios nuestro señor, se arrojó de la silla quedándose en pié con su espada en la mano aguardando á su enemigo.

Grande contento y alegría sintió el bando de los Zegríes y Gomeles en ver el estrecho en que había puesto su pariente al caballero extranjero; y en verle á pié le consideraban ya vencido; y como vió Mahandon á su contrario á pié, recibió mucho contento, y yéndose á él le dijo: «ahora me pagareis la muerte de mi hermano; pues me evitasteis de darla á quien se la dió á él.» Y arremetió con el caballo para atropellarle, y el alfanje en la mano para herirle. Don Alonso de Aguilar era muy ligero, y se estuvo quedo como que le quería aguardar; mas al tiempo que llegó dió un salto y se apartó, y Mahandon pasó de largo sin hacer efecto; y revolviendo otras tres veces, tampoco hizo nada. Don Alonso le dijo: «desciende de aqueso caballo, si no quieres que te le mate, y te podrá suceder peor.» Al moro le pareció buen consejo, y así se apeó; y embrazando su adarga vino á don Alonso diciendo: «por ventura me disteis el consejo por vuestro mal. — Ahora lo verás, dijo don Alonso; si te di el consejo, fué solo para darte cruel muerte, justamente merecida por el daño que de tu testimonio se ha seguido, y conviene que los traidores salgan del mundo.»

Diciendo esto arremetió á Mahandon, y así entre los dos se comenzó una brava y dudosa batalla, porque ambos eran muy valientes y animosos caballeros. Anduvieron mas de media hora hiriéndose por las partes que podían, y cada uno muy deseoso de vencer á su contrario. Don Alonso muy enojado, y cuasi corrido en ver que le duraba tanto su contrario, se acercó á él todo lo mas que pudo, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza: el moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga; pero salióle incierto su reparo, porque no ejecutó el golpe en la cabeza, sino que rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte de hueso. El valiente moro, que se halló burlado y tan malamente herido, descargó un tan desapoderado golpe encima del bonete de don Alonso, que el águila fué partida por medio; y rompiendo bonete y casco fué herido de una pequeña herida, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido y aturdido del fiero golpe; y si no fuera de tan animoso corazón, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la deseada victoria; mas como era de corazón fuerte y nunca se dejó rendir de los trabajos, cobrando el cuerpo aquel ánimo de su corazón bizarro, y considerándose en cierta manera afrentado por ver que un golpe le había descompuesto su sentido, y encolerizado por verse herido y su rostro ensangrentado, con una cruel furia incomparable le tiró una estocada tan recia, que la adarga ni jaco fuerte no podían resistir la grande violencia de la espada, sino que fué todo rompido, y le metió cuatro dedos dentro del pecho al soberbio Mahandon; y como le cogió ya desangrado de la que le salía por la herida del muslo, no tuvo fuerzas para poder pelear mas, y así cayó de espaldas. Así como don Alonso vió caído á su contrario, arremetió con él para cortarle la cabeza, y poniéndole la rodilla en los pechos vió que estaba espirando, por lo cual no le quiso herir mas, y levantándose dió en su corazón infinitas gracias á Dios por la merced tan grande que le había hecho; y apretándose la herida de la cabeza con el turbante, se atajó la sangre; y mirando por su caballo le vió muerto, y fué á coger el de Mahandon, y subiendo en él se fué adonde estaba don Juan Chacon, el cual le abrazó, dándole el parabién del vencimiento.

A este punto los añfiles y dulzainas de parte de la reina tocaron con grande alegría, lo cual causaba tristeza y melancolía á los Zegríes. Cesando la música, miraron la batalla que los cuatro caballeros hacían, que era muy sangrienta. Don Manuel Ponce de Leon, y Alí Hamete Zegrí hacían su batalla á pié, respecto á que los caballos se les habían cansado y no podían concluirlos como querían, y andaban muy listos procurando cada uno herir al otro por donde mejor podía: despedazábanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra, de lo que su sangre daba verdadero testimonio. Don Manuel tenía dos heridas, y el moro cinco; pero no por eso se vió en él falta de ánimo ni fuerzas, y andaba con tanto ardor intentando por dónde podría herir á su enemigo y quedarse él reservado, haciéndole muchos acometimientos. Don Manuel le iba contra todas sus malicias, porque ya le conocía el modo de pelear; y así como vió que don Juan y don Alonso habían ya vencido á sus contrarios, y el alcaide de los Donceles andaba con el suyo muy revuelto y en punto de traerle á aquel extremo, cobró grande ira porque no concluía con su enemigo, y llegándose cerca dél le dió un golpe tan terrible en la cabeza, que, aunque acudió á repararle con la adarga, no soportó el todo sino alguna parte, y así fué rota con el fino casco, y herido en la cabeza muy mal, y aun le quitó el sentido y dió de manos en tierra sin poderse valer; mas volviendo en sí, temiendo de su contrario, y de que no fuese causa aquella flaqueza para que su competidor se gloriasse de conseguir la victoria, sacando fuerzas de pusilanimidad se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida, y levantando su cimitarra, dió un desatinado y fuerte golpe en un hombro de don Manuel, y no hizo herida; pero la vida le costó el golpe al moro, porque don Manuel le dió otra junto á la que tenía en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió.

Los añfiles de parte de la reina tocaron con mucha alegría por el buen suceso. Don Manuel subió en su caballo, y se fué adonde estaban don Alonso y don Juan, los cuales le recibieron muy alegremente, diciendo: «gloria á Dios, que os ha escapado de las manos de aquel pagano.» Quien en esta ocasión mirara á la hermosa reina Sultana, conociera muy claramente en su bello rostro la grande alegría que en su corazón tenía, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo cual á ella se le había de seguir su libertad, y dijoles á Celima y á Esperanza de Hita: «sabeis lo que veo, que si don Juan Chacon tiene fama de valiente caballero y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él, pues con tan sobrado valor han vencido á los mejores y mas valientes caballeros del reino de Granada.» Esperanza la respondió: «¿no dije á vuestra Alteza que don Juan tenía muy principales amigos? Mirad si ha salido verdad lo que dije. — Dejemos estar eso, dijo Celima, no lo entiendan los jueces, y veamos el fin del caballero que queda; que yo entiendo que no tendrá menos poder que los tres vencedores;» y mirando la batalla vieron cómo andaba muy revuelto y encendido en la pelea, y aunque herido y cansado, no se vió en él punto de cobardía ni aun imaginación.

El valeroso moro proseguía la batalla con grande dolor y rabia, viendo muerto á su primo hermano y á los dos Gomeles, y él puesto en el mismo peligro, y así peleaba como hombre desesperado, considerando la infamia en que había incurrido, y mayor por no haber salido con su intento; y con la furia de un loco frenético daba tajos y reveses á diestro y siniestro, y fuera de orden por si acertara á darle alguna herida penetrante, de la cual muriera el contrario; porque ya que él fuera vencido, como los otros tres de su parte, no quedarán tan triunfantes matando á alguno dellos; y aunque peleaba con tan grande furia y braveza, no era menos la del valiente alcaide de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo;

y aun porque todos sus compañeros habían alcanzado el lauro y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, le parecía que empezaba de nuevo la batalla, siendo su enemigo de muy grandes fuerzas y astucias para pelear; y considerando que le miraban, y que le debían de juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin á la batalla, poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretó con toda fuerza las espuelas al caballo, arremetió al Zegrí, y lo mismo hizo él; y así se embistieron con ánimo y furia increíble; y fué tan recio el encuentro de los caballeros, que sin remedio hubieron de venir al suelo los dos sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra cuando estuvieron en pié, y se acercaron hiriéndose cruelmente, y experimentando cada uno las fuerzas del contrario, porque eran furiosos y desatentados los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su brazo y el ánimo del corazón.

Verdad es que el moro andaba mas orgulloso y ligero, y las heridas que daba casi no ofendían, por tener muy buenas armas el valiente alcaide; pero el golpe que el valeroso alcaide alcanzaba, rompía, cortaba y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada que no hiciese herida grande ó pequeña. Lo cual visto por el valiente Zegrí con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al alcaide por venir con él á los brazos, el cual se alegró mucho; y así abrazados comenzaron á luchar dando muchas vueltas, y haciendo cada uno lo que podía por derribar á su contrario; pero cada cual echaba de ver el resto de sus fuerzas, y así ambos trabajaban muy en balde, porque no había robles tan firmes como ellos. El Zegrí era de muy gran cuerpo y fuerzas, que parecía un jayán, y procuraba levantar de tierra á su enemigo para dar de golpe con él en el suelo, y por muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretension, porque parecía que tenía echadas raíces, y que era ponerse á arrancar un nogal de cuajo; de suerte que, por mucha diligencia que hacía el Zegrí, era molerse en vano. Reconocido por el alcaide el mal pensamiento de su contrario, echó mano á un puñal buido, y dióle tres golpes por debajo del brazo izquierdo, y tales, que el moro dió grandes gritos sintiéndose mal herido de muerte, y sacando una daga le dió al alcaide otras tres heridas; mas como era ancha la daga no pudo falsear las armas mucho, y así fueron pequeñas. El valeroso alcaide le dió otra muy mala herida en la ijada izquierda, con la cual se acabó de rematar la sangrienta batalla; porque así como le dió la última, sin poderse menear, cayó en el suelo desangrándose por las penetrantes heridas; y al tiempo que el alcaide vió en tierra al contrario, fué de presto y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolando el invicto brazo, le dijo: «date por vencido, y confiesa la verdad luego, y así no te acabaré de matar.» El malvado Zegrí, viéndose tan mal herido y á voluntad de su competidor, le respondió diciendo: «ya no es menester darme mas heridas que las que tengo, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedis, vencedor caballero, que declare la verdad, yo la diré: sabrás que, habiendo muerto algunos de mi linaje los del bando Abencerraje, y á otros afrentado, y que tanto valían con los reyes que no nos podíamos vengar dellos, ordené yo mismo, que fuesen perseguidos todos los caballeros Abencerrajes, y por mi traición fueron muertos sin culpa; y la reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fué acusada: esta es la verdad; llegado he á punto de decirlo, y no hay otra cosa sino lo que he dicho: de todo lo cual estoy muy arrepentido, por haber visto las desgracias y muertes que en este tiempo han sucedido, y por la afrenta grande en que se ha visto la reina, no siendo culpada en ninguna cosa.»

Todo lo que el traidor Zegrí decía estaban oyéndolo

muchos caballeros, así del bando de la reina como de los Zegries; y para mas justificar la causa de la reina llamaron á los jueces, para que oyesen todo lo que el Zegri decía. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron, y entrando en el palenque tornó á referir el Zegri lo dicho, y luego espiró.

Al momento tocaron con grande alegría muchas chirrimias y dulzainas con otros instrumentos músicos por victoria tan importante que habían conseguido aquellos caballeros extranjeros de los naturales traidores, y cómo por ella se había sabido la verdad, y le era vuelta y restituida su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oían las músicas y grande alegría, y á otra llores, tristeza y gritos que daban las mujeres y deudos de los Zegries muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que eran del bando de la reina. Y desta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina, que ya estaba dentro de la litera en que había venido, y la preguntaron si había otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo: «que para la satisfaccion entera de su honra bastaba lo que habían hecho, y que recibiría mucho contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas.» Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y así salieron de la plaza, llevando la música de añafiles delante con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegries y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destrozados cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los extranjeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones, mayores que hasta entonces habían tenido, como adelante lo diremos.

Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demás caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí, por si algo sucediera. Y aquella noche, después de haber cenado, la reina, Celima y Esperanza fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos; y después de haber hablado de los trabajos en que se había visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrajes, la reina se llegó un poco mas al lecho de don Juan Chacon, y sentándose le dijo: «el alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando virgen por divino misterio, os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra que á esta triste y desconsolada reina habéis hecho, habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fué la voluntad de Dios de librarme, y que vos fueseis el instrumento de mi libertad; y así os quedo obligada mientras la vida me dure, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya verme cristiana para servir á Dios y á su santísima Madre y á vos; y creedme que la mayor parte de los caballeros desta ciudad están deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey don Fernando comience la guerra, y está así concertado desde que se fueron los caballeros Abencerrajes; por tanto, así como lleguéis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecución la guerra contra este reino, y os ruego que me digáis quién son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir. — Escelente señora, dijo don Juan: los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son don Alonso de Aguilar, el gran don Manuel Ponce de León, y el otro don Diego Fernandez de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendreis noticia dellos. — Si tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no han sido conocidos por el disimulo del traje tur-

quesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.»

Diciendo esto, la reina Sultana fué donde estaban los tres caballeros, y á todos y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenían hecho, y que confiaba en Dios que algun día les serviría en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: «vuestra Alteza le dé esas gracias y mercedes al señor don Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, segun lo mucho que os deseamos y debemos servir. — Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para mas obligarme á servirlos, y reagravar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habeis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fué la reina, y habló con su tío Moraizél, y le dijo que estaba recelosa de que viniesen á tomar venganza los Zegries y Gomeles en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiesen algun remedio. Y pareciéndole buen consejo, fué á dar parte dello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado.

Fué muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegries y Gomeles tenían concertado de cercar la casa, y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrían salir con su intento, desistieron de su propósito; y mas cuando supieron que el valeroso Muza había puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comia el corazón de envidia, por ver con las veras que acudia Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano porque le temian. Venida la mañana, se fué la gente de guardia, y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey don Fernando; y así pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habían hecho. «Pues cómo, señores, dijo la reina, estando tan lastimados, cansados y heridos, os queréis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: por ventura os falta cosa alguna, ó la deseáis? — No uno ni otro, respondió don Juan Chacon, porque donde está vuestra Alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho. — Pues que así es, dijo la reina, tornaos á curar, é id vuestro viaje con la bendición de Dios; y por él os ruego no me olvidéis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos se les cumpla.» Los caballeros se lo prometieron así. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados se armaron, y despidiéndose de la reina y Celima, Esperanza y de Moraizél, se partieron quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabéz y Gazul, que supieron que los caballeros extranjeros se iban de Granada, les salieron á prevenir un grande acompañamiento con mas de doscientos moros, á mas de media legua la vuelta de Málaga. Pero así como los moros se despidieron dellos, tomaron la vía de Castilla, y caminaron á grande prisa; y entrando en tierra de cristianos, supieron cómo los Reyes Católicos estaban en Ecija: ellos fueron á Talavera, y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho dias curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Ecija; y en llegando, pidiendo licencia al rey don Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevencion conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejaremos combatiendo, por decir lo que pasó en la

ciudad de Granada en este medio y sazón, y también porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento ni propósito mio.

CAPITULO XVI.

De lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos della, y la prision del rey Mulahazén en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.

Grande fué la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentía por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temia el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fué grande, mas escésivo fué el de los Zegries y Gomeles y los demás de su bando, por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los agresores se fueron sin que dellos se tomase venganza, y porque se sentian muy afrentados y corridos por las cosas pasadas; pero con disimulación aguardaban ocasion para ejecutar su deseo. Digamos ahora del rey Chico, el cual, como supo la muerte de los acusadores de su mujer la reina, y la confesion que había hecho el malvado Zegri en su disculpa, descubriendo la pésima y horrible maldad; enojado de sí mismo, no sabia qué hacerle. Poníasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrajes, la grande deshonra en que había puesto á la reina, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrajes, y cómo por su causa se habían tornado cristianos, y á él le aborrecia toda Granada, y cómo estaban amotinados y conjurados contra él, y hasta su padre le procuraba quitar el reino y aun la vida. Imaginando en estas cosas y otras muchas, venia á perder el juicio. Maldecia á los Zegries y Gomeles porque le habían dado tan malos consejos, y á él porque los había recibido. Llorando todas estas desventuras se tenia por el rey mas desdichado de todo el mundo, y no osaba parecer de vergüenza ó de temor; por lo cual no le visitaban los Zegries y Gomeles.

Bien se holgara el rey Chico de que su amada Sultana quisiera volver á su amistad; mas era imaginacion y trabajo muy en vano, porque, aunque ella quisiera, cuanto mas que no estaba dese parecer, sus deudos no lo consentian; y con todo esto pidió á Muza que desenojase á la reina, y alcanzase della el perdon, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chico le había pedido, y no fué posible alcanzar alguna cosa de lo que le pedía; y así volvió, y dió al rey la respuesta que había dado la reina. Con esto el rey se deshacia en pena; mas consolábase con que había de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y así iba adquiriendo amigos, y á todos les pedía perdon diciéndoles que él había sido mal aconsejado, y aunque habían pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verian la enmienda que tenia de allí adelante, y que lo sucedido le había de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verian, y el tratamiento que haria á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecian con toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradis, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linajes seguian la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdali.

En este tiempo el rey Mulahazén, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus bríos y braveza de corazón, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia, y así, juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos á los de á caballo y de á pié, salió de Granada llevando consigo dos mil hombres de á pié y de á caballo, y se fué á la ciudad de Vera, y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fué á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. Don Pedro Fernandez, adelantado

del reino de Murcia, salió con la mas lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, día de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fué muy sangrienta y reñida; mas fué Dios servido, por intercesion del bienaventurado santo, que don Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey.

Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prision del rey Mulahazén y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fué el infante Abdali que se holgó mucho de la prision del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y así escribió al adelantado don Pedro, que le hiciese merced de tenerle al rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daria las villas de Velez el Blanco, y el Rubio, Jiquena y Tirezta. Mas el adelantado, considerando la traicion que el infante queria hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual como llegó á Granada, halló á Abdali apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la había dejado en guarda. Mulahazén muy enojado desto, y mas por la traicion que le quiso hacer, se retiró en el Albaicín, adonde él y su mujer estuvieron muchos dias. La madre de Mulahazén, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir, y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no había querido recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió don Pedro Fajardo. A pocos dias se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabia nada de las cartas que le había enviado á don Pedro Fajardo. Mulahazén disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavia le dejó la administracion del gobierno. A este Mulahazén le llamaron el Zagal, y Gadabli; mas su nombre propio y mas usado era el de Mulahazén. Esta batalla y prision deste Mulahazén escribió el moro coronista deste libro, y yo doy fe que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de don Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla.

Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahazén, muy enojado por lo que el gobernador su hermano había hecho, hizo un día su testamento diciendo: «que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del reino, y que echase del al infante su hermano, y á todos los de su bando.» Esto decía, porque seguian al infante Abdali muchos caballeros Almoradis y Marines, los cuales sustentaban la parte del infante. Por este testamento hubo después en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como después desto sucedieron; pues estando el rey Mulahazén en el Alhambra, y Granada, como de antes solia, debajo de la gobernacion de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradis de buscar modos y maneras para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podian hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegries y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocian que aquel era finalmente el heredero del reino; pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones tío contra sobrino, y sobrino contra tío; pero como el rey Chico estaba odiado de los mas principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo espeler á su tío del cargo que tenia, y así aguardaba tiempo para ejecutar su intencion; y por alegrarse un día se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por